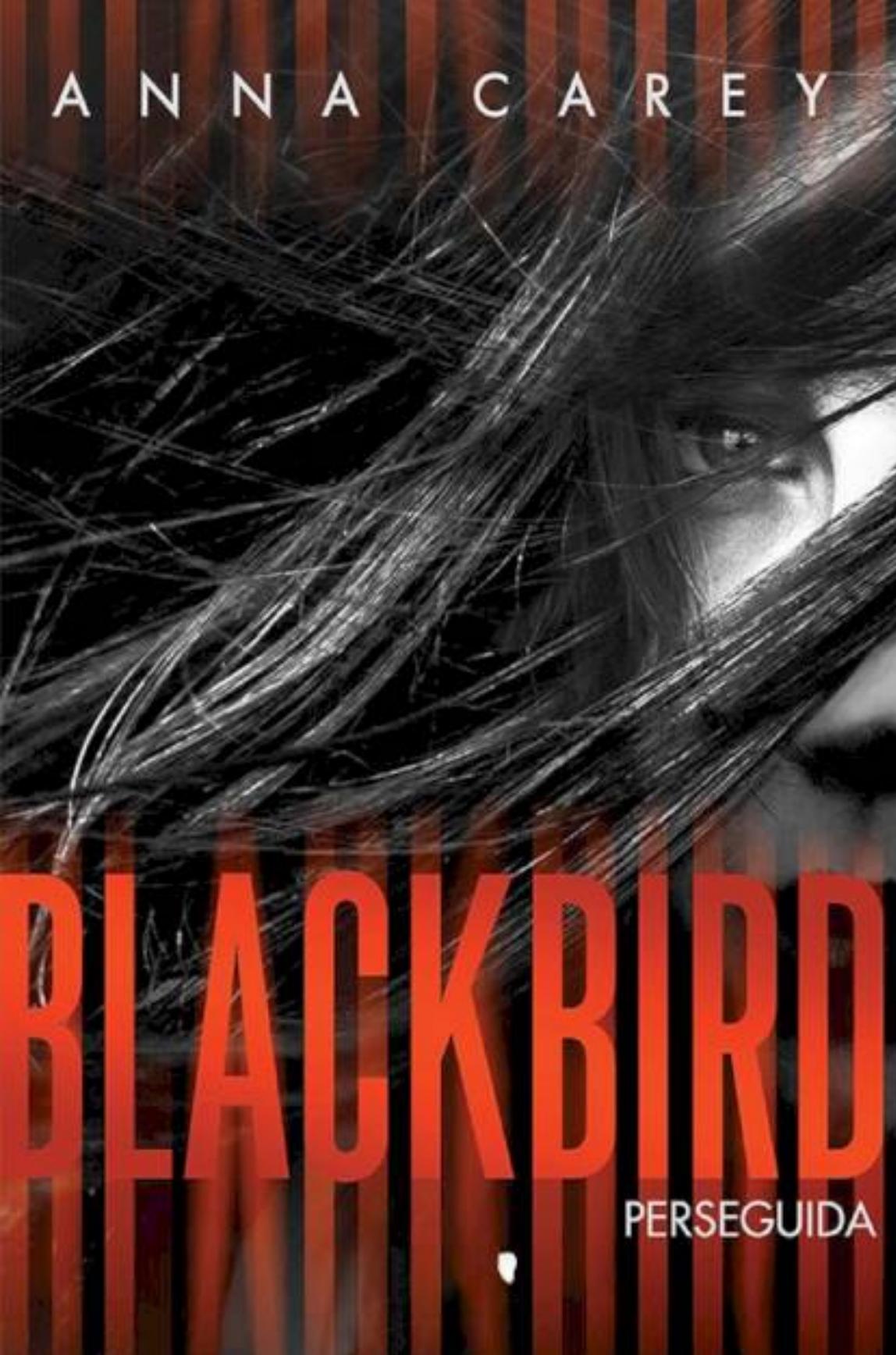


A N N A C A R E Y



BLACKBIRD

PERSEGUIDA

**No sabes quién eres, pero ellos sí.**

Te despiertas en las vías del metro de Los Ángeles, sin recordar nada.

Tienes una mochila con ropa, mil dólares, un número de teléfono y una orden muy clara: no llames a la policía.

Mientras intentas descifrar tu identidad, te haces preguntas.

¿Cómo te llamas? ¿Por qué estás ahí? ¿Qué significa el tatuaje en tu muñeca con un pájaro negro y el código FNV02198?

La única verdad es que están persiguiéndote para matarte.

No tienes opción. Debes escapar. Y rápido...

PARA KEV

## CAPÍTULO UNO

EL TREN RETIENE el calor del sol incluso una hora después de que este se ha hundido al cabo del pavimento, sumiéndose detrás de la línea donde termina la ciudad desparramada. En la estación Vermont/Sunset, una mujer china de pelo negro cortado con severidad se inclina sobre la orilla de la plataforma, tratando de calcular cuán lejos se encuentra el tren. Un grupo de jóvenes de preparatoria se reúne al pie del anuncio de un programa de televisión, compartiendo los audífonos del iPod y hablando de un chico al que llaman Kool-Aid. Este dará una fiesta el fin de semana en Echo Park, mientras sus padres ayudan a su hermana mayor a mudarse a la universidad.

No escuchas las risas de los chicos. Ellos no te ven ahí, tendida al final de las vías, donde el túnel desaparece en la oscuridad. Es la vibración lo que finalmente te despierta; tus ojos se abren, parpadeando, y el techo abovedado aparece ante tu vista, arriba. Las sienes te palpitan con fuerza. Las vías enmarcan tus hombros, tu espalda se comprime en el hueco contra el piso, donde envolturas de golosinas y periódicos gastados se han acumulado durante meses.

La bocina gime. Una franjita de luz aparece en el muro, fundiéndose sobre las baldosas conforme el tren se acerca. Alzas la cabeza, pegando el mentón al pecho, pero todo tu cuerpo se siente pesado. La sensibilidad no ha regresado a tus piernas aún y es difícil voltear la cadera; es difícil mover-

se, aunque luchas por hacerlo, tratando de meterte en el estrecho espacio que hay debajo de la plataforma. Cuando te desplomas, exhausta, alcanzas a ver el tren en la boca del túnel. Repentinamente, te baña de luz.

El conductor ya te vio. El sonido que hace el tren cambia; ahora, los frenos hacen un chirrido agudo, más intenso. Es demasiado tarde. Se está aproximando a ti muy rápido. Solo tienes una opción. Te recuestas y cruzas los brazos por encima de tu pecho.

Tres, dos, uno. Al principio todo es sonido, el chirrido de las ruedas en los rieles de hierro, el desplazamiento del aire conforme el tren se aproxima a toda velocidad. Su aliento caliente te revuelve el cabello. Miras fijamente la oscura panza del tren, toda metal, tuberías y cables. Finalmente, reduce la velocidad hasta detenerse en la estación, pero aún te toma unos segundos procesarlo: todavía yaces ahí, solo algunos centímetros por debajo del tren. Aún estás viva.

Arriba, en la plataforma, la mujer de cabello negro no puede creer lo que ha visto. Ahora, mientras el conductor desciende del carro de enfrente, su rostro se ve surcado por las lágrimas. «Hay una chica ahí debajo. ¡¿Que no ve?! ¡Hay una chica!», grita.

El conductor solo está pensando: *Estaba acostada, no podía moverse, ¿por qué estaba acostada?* Esta es la cuarta que ha visto en veintiséis años, pero las tres anteriores fueron diferentes. No eran como ella. Algunas permanecieron de pie, otras se arrojaron. Otras habían caído y tratado de alcanzar de nuevo la plataforma. Pero ella solo había permanecido acostada. Acomodada de manera tan específica, con los brazos cruzados sobre el pecho, los hombros encajados entre los rieles. *Es muy extraño, piensa; como si alguien la hubiera dejado ahí.*

Desde abajo del tren puedes oír que la mujer grita. Su voz se quiebra, y un hombre intenta consolarla. Unas sombras se mueven en el espacio que queda entre el vagón del

tren y el bordillo de la plataforma. Suena una campana y la gente se aleja; los pasos se entremezclan con preguntas.

—Estoy bien —gritas. Tu voz te sorprende. Es aguda y áspera, como la de un niño.

En la plataforma, un hombre repite tus palabras. «¡Está bien!». Se ha abierto paso al frente de la muchedumbre y se arrodilla apenas unos palmos arriba.

El conductor grita:

—¿Estás herida?

A primera vista, parece aceite por la forma en que escurre por un lado de tu antebrazo y se acumula en tu blusa. La sangre es oscura, casi negra. Pero no sientes dolor alguno, solo una sensación de ardor, como si estuvieras parada demasiado cerca de un radiador.

—Estoy bien —repites. El tajo no debe tener más de diez centímetros de largo. No parece muy profundo.

El conductor debate con un colega si hacer retroceder el tren o no. Se comunican por radio a las oficinas centrales para consultar, mientras la mujer del corte de pelo severo llama al 911, dando una descripción frenética de la situación. Están enviando ayuda.

Se siente como si hubieras estado ahí desde siempre. No puedes mirar la panza del tren sin sentir ganas de gritar. En cambio, cierras los ojos, tratando de recoger los brazos hacia ti, ampliando el espacio para no sentirte tan atrapada. Es automática la manera en que moderas tu respiración, llevando la cuenta, permitiendo que apenas un delgado soplo de aire pase por tus labios entreabiertos.

Al fin se escucha la sirena de una ambulancia, el sonido de los paramédicos ensamblando cosas arriba en la plataforma. Luego gritan en todas direcciones, diciéndote dónde poner tus brazos, tus piernas, como si fueras a atreverte a hacer un movimiento. El tren finalmente retrocede. Miras pasar la parte inferior de los carros del subterráneo, hasta que no queda nada encima de ti sino aire. La sensación ha regresado a tus piernas. Eres capaz de sentarte, pero dos

hombres en uniforme saltan del borde de la plataforma con una camilla, y te levantan en ella. Solo entonces notas la mochila negra a tus pies.

—¿Qué sucedió? ¿Cómo llegaste hasta ahí? —pregunta uno de los paramédicos mientras te izan hacia la plataforma.

Echas un vistazo a tu vestimenta; te quedas mirando un cuerpo que te parece completamente desconocido. El frente de tu camiseta está empapado en sangre. Llevas unos jeans y zapatos nuevos. Los cordones están tiesos, de un blanco eléctrico.

—No lo sé —dices, incapaz de situar la hora del día o de describir siquiera un detalle de tu vida. Solo está este momento, nada más.

—¿No te acuerdas? ¿Cómo te llamas? —el otro paramédico es un hombre bajo y robusto, con tatuajes que trepan por su brazo derecho. La visión de dos calaveras con rosas enroscándose a su alrededor desata algo en ti. ¿Tristeza? ¿Aflicción?

Alzan la camilla hasta la plataforma; uno empieza a sacar cosas de su bolso. «Estoy bien; estoy bien», repites mirando la escalera eléctrica a solo unos pasos de distancia. Es la única salida.

Uno de los paramédicos arroja una luz en tus ojos, luego en tu boca. Te impulsas para sentarte, retorciéndote fuera de la camilla hasta quedar en el piso de cemento. Jalas tu mochila para acercarla. «No necesito ayuda», dices. «Estoy bien».

—Tú no estás bien —insiste el paramédico—. ¿Cómo te llamas?

Una multitud se ha concentrado a tu alrededor. Buscas en tu mente, pero esta parece una habitación vacía, sin un sofá con cojines que puedas voltear, sin gabinetes o cajones en los cuales rebuscar. En cambio, alcanzas el cierre de la mochila, fingiendo que sabes lo que hay en su interior.

Bolsitas con agua y comida, una manta, una camiseta extra, una navaja de bolsillo roja y un montón de artículos demasiado enterrados como para alcanzarlos. Tus manos van de la pequeña libretita negra que está hasta arriba, a la pluma que está ensartada en su cubierta. En la primera página hay una moneda de veinticinco centavos pegada con cinta adhesiva. Debajo dice:

«Cuando estés sola, llama al 818-555-1748. No acudas a la policía».

Te levantas, deslizándote junto a los dos asombrados paramédicos, pasas entre la multitud y te diriges hacia la estación asfixiante.

—No puedes simplemente marcharte —dice el paramédico—. Que alguien la detenga; no está pensando con lucidez.

Tú sigues mareada mientras subes la escalera mecánica; la multitud va quedando atrás. Empujas el torniquete. Las escaleras suben y suben, los escalones son interminables. Mientras corres, unas cuantas personas de la multitud te llaman; uno te persigue, exigiéndote que te sientes y descanses.

—No te vayas; espera. No te vayas.

No hay tiempo. Cuando llegas a la parte superior de las escaleras de la estación, una patrulla de la policía ya está dando vuelta en la esquina, acercándose a la acera. Echas un rápido vistazo a la intersección: las calles están marcadas con el nombre de Sunset y Vermont. Hay edificios de oficinas, tiendas del metro y sitios para tomar *smoothies*. ¿Qué dirección deberías tomar?

Giras y ves al paramédico de los tatuajes. Está junto al oficial de la policía, hablando con él en voz baja. El policía da apenas unos pasos hacia ti, ni caminando ni corriendo, cuando tomas la decisión. Sujetas las correas de la mochila y echas a correr.

## CAPÍTULO DOS

SOLO SE ESCUCHA el sonido de tu respiración, el golpeteo apagado de tus zapatos deportivos sobre la acera. Cada paso es firme y fácil; tu espalda está derecha, como si te estuvieran jalando desde arriba.

Tomas un atajo a través del jardín frontal de alguien y saltas una cerca de madera de poca altura. Lentamente, manzana tras manzana, el vecindario se va transformando en colinas áridas, una imagen que asoma más allá de los árboles.

Cuesta arriba hay una casa. Techo de tejas, cercas altas. La ventana de media luna en el frente está a oscuras. Pasas por la puerta hacia el patio, y ves un arbusto florido de varios metros de ancho. Te arrastras por debajo de él, dejando que tu vientre presione la tierra fresca, un alivio momentáneo al calor.

Te quedas ahí mientras la policía pasa y se detiene varias veces al regresar por la misma calle.

Cuando te apoyas sobre tu costado, notas la marca en la parte interna de tu muñeca derecha. El tatuaje todavía está sensible, cubierto por una delgada costra. La silueta de un pájaro dentro de una caja. Justo debajo, letras y números: *FNV02198*.

¿Qué significa? ¿Por qué estabas acostada sobre las vías del metro? ¿Por qué no puedes recordar cómo terminaste allí, cómo llegaste a esa estación, a esa ciudad? Miras tu ro-

pa y sientes como si estuvieras disfrazada. Los pantalones no te cierran, la camiseta te queda holgada en los lugares equivocados y los cordones de tus zapatos no están suficientemente apretados. No puedes sacudirte la repugnante sensación de que alguien te vistió.

Un perro ladra. En algún lugar dos niñas ríen. El volumen de sus voces aumenta y disminuye a medida que alcanzan mayor altura al mecerse en unos columpios rechinantes. Los autos pasan calles abajo. Te sientas, escuchando cada sonido como si fuera una pista. *Piensa*, te dices. *Recuerda*. Pero no hay nada ahí. Ni palabras ni pensamientos. Ningún recuerdo de algo que haya ocurrido.

Cuando el cielo cambia de rosado a negro, te arrastras sobre el prado, vacías el contenido de la mochila sobre el pasto quemado y lo organizas rápidamente en una hilera. Hay unos cuantos cinchos de plástico. Hay un mapa con una estrella marcada con bolígrafo negro. Bolsas de papel de estaño, la camiseta, la libreta, la navaja de bolsillo, la manta y la lata roja de gas pimienta.

Hurgas hasta en los últimos compartimentos de la mochila, vuelves a revisarla para asegurarte de que no haya nada escondido dentro. Hay un fajo de billetes en la bolsa frontal.

Con manos temblorosas, pasas el pulgar por el borde de los billetes. Son mil dólares.

Abres la libreta en una página en blanco, alisas la hoja y escribes:

*Cosas que sé que son ciertas:*

—*Estoy en Los Ángeles.*

—*Me desperté sobre las vías del metro en la estación Vermont/Sunset.*

—*Soy una chica.*

—*Tengo cabello largo y negro.*

—*Tengo un pájaro tatuado en la parte interior de mi muñeca derecha (FNV02198).*

—*Soy una corredora.*

## CAPÍTULO TRES

A LA MAÑANA siguiente, saliste por un hueco en la cerca de atrás. Luego de 10 minutos de dar vueltas y más vueltas por los estrechos caminos, el vecindario se convirtió en calles planas, jardines delanteros chamuscados por el sol y la tienda ocasional. Una franja principal revela un supermercado con un teléfono público en el exterior. Sacas la libreta de tu mochila, pasas la primera página y despegas la moneda de veinticinco centavos.

Cae al interior a través de la ranura, pero no hay tono de llamada. Dejas el auricular en su lugar y observas la calle, esperando que haya otro teléfono en un radio de una manzana o dos. Pero todo lo que ves es la patrulla de policía que se aproxima a la entrada más alejada. Sigues cerca de la estación del metro, y te preguntas si te estarán buscando. No quieres arriesgarte. Te diriges al interior, manteniendo tu brazo frente a tu camiseta para ocultar la mancha de sangre.

La puerta eléctrica se abre, dándote la bienvenida. La primera cosa que notas es el aire, frío y húmedo, con aroma a menta. A tu izquierda, más allá de un conjunto de mesas, está la puerta del baño. Mantienes la cabeza baja mientras avanzas hacia allí, intentando no llamar la atención.

La puerta se abre de pronto y el borde te pega en el brazo. Un chico sale, su hombro te golpea fuerte en la na-

riz. Te tambaleas y te sostiene, agarrando tus codos con sus manos mientras te atrae hacia él, estabilizándote.

Detrás del joven, otro chico se desliza fuera del baño mientras guarda algo en su bolsillo. En pocos segundos, se ha ido.

Te punza la nariz, ahí donde te golpeó; el dolor es tan intenso que te hace cerrar los ojos. Él no te suelta. Aparta tu mano derecha de tu estómago, con un gesto tan tierno que no lo resistes. Analiza la mancha en tu camiseta y el tajo en tu antebrazo, que se ha secado hasta adoptar un tono cereza oscuro.

—Estás herida —dice.

Su cabello castaño es un desastre; los rizos ocultan la parte superior de sus orejas. El sol ha dejado su piel bronceada y pecosa. Te observa, sus ojos grises estudian tu rostro como si estuvieran leyendo un libro.

—Solo necesito lavarme, eso es todo —jalas tu brazo para liberarlo, y te deslizas en el interior del baño.

No puedes relajarte hasta que escuchas el *clic* de la puerta cerrándose a tus espaldas, con el cerrojo en su lugar. Cuando te miras al espejo, ves lo que él ve. La tierra embarrada en el nacimiento de tu pelo, con pedacitos de hojas secas enredados. La mancha en tu camiseta es de un color café pútrido. Observas tu reflejo por primera vez. Tus grandes ojos hundidos, tan oscuros que son casi negros. Tienes pómulos pronunciados y una boca pequeña en forma de corazón. Tus rasgos te resultan desconocidos, el rostro de una chica que jamás habías visto antes.

Te vuelves a un lado, y es entonces cuando notas la cicatriz que se extiende desde debajo de tu oreja derecha hasta tu nuca; la piel está fruncida y roja. La sigues con tus dedos hasta donde desaparece, detrás del cuello de tu camiseta. Todavía está sensible en algunas partes, y la herida se tuerce en una línea extraña e irregular. Te das vuelta; no quieres pensar cómo o cuándo te la hiciste. No es del tren, eso lo sabes. ¿Cuándo sucedió? ¿Cómo?

Te toma varios minutos eliminar la tierra de debajo de tus uñas, cambiarte la camiseta y ponerte una limpia, y sacar los pedacitos de hojas de entre tu pelo. Cuando terminas, te ves mejor, incluso pasable. Te acomodas el cabello sobre el hombro para que cubra la cicatriz.

Afuera, recorres el supermercado con la mirada en busca del chico. Una parte de ti desea que se haya ido, pero otra parte se alegra cuando lo ves ahí, a solo unos metros, caminando hacia la sección de tarjetas de felicitación. Se vuelve cuando oye que la puerta se cierra, y una pequeña sonrisa se forma en sus labios. Miras a tu alrededor, preguntándote si el policía entró.

Doblas a la izquierda en el primer pasillo. Ahí no hay nadie. Tomas una botella de agua de la estantería y le quitas la tapa. Ya te has bebido la mitad del líquido cuando descubres al chico a tu lado. Sus ojos van de la botella a ti, luego al espacio vacío en la estantería.

—Te ves mucho mejor.

—Como dije, solo necesitaba asearme.

Comienzas a alejarte de él, avanzando por el pasillo, pero te sigue a pocos pasos de distancia. Mira tu brazo, el papel higiénico presionado sobre la herida, ahora manchado de rojo.

—¿Qué sucedió? ¿Te encuentras bien?

—Se ve peor de lo que es. Estoy bien, de veras.

—Se veía bastante mal —dice. No se va.

—Mi brazo es el menor de mis problemas... —echas un vistazo a la entrada de la tienda, buscando de nuevo al policía. Lo has perdido de vista. El otro chico del baño se ha ido—. ¿Qué le vendiste? —preguntas.

—¿A qué te refieres?

—En el baño... Le vendiste algo a ese chico. ¿Hierba? ¿Pastillas? ¿Qué cosa?

El joven pasa la canasta que lleva de una mano a la otra; dentro hay dos manzanas tristes que ruedan alrededor de un *six pack* de Coca-Cola.

—Nada de eso...

—Claro que sí —era obvio por la forma en que sostenían lo que fuera que tuviera en el bolsillo, como si hubieras ido a verlo o a quitárselo—. Acabo de ver a un policía allá afuera. Al menos deberías tener cuidado.

—¿Y tú qué sabes? —el chico se te acerca, mirándote con renovado interés. Ahora hay algo amistoso en su actitud, como si te hubiera subestimado.

—¿Te importa si uso tu teléfono un segundo? —señalas con un gesto su bolsillo del frente, donde el rectángulo se marca contra la tela.

—No, supongo —te lo entrega—. ¿Tú no tienes celular?

—Si tuviera uno, ¿crees que te lo pediría?

Te alejas unos cuantos pasos de él antes de sacar la libreta de tu mochila y abrirla en la página que tiene el número. El nerviosismo te asalta mientras esperas, escuchando el silencio antes del primer timbrado. No puedes evitar odiar a la persona al otro lado de la línea, quienquiera que sea, por saber más acerca de tu vida que tú misma.

Tres timbrados; luego, la voz de un hombre.

—Me estaba preguntando si llamarías.

El chico se encuentra a menos de tres metros, fingiendo que examina unas cajas de cereal. Tú bajas la voz para hablar.

—¿Quién habla?

—Solo ven a verme a mi oficina. Es el edificio que está señalado en el mapa. Ven sola.

Estás tratando de interpretar sus palabras, de descifrar algún significado más allá de lo que dijo, pero cuando corta la comunicación solo queda el tiempo. Dieciocho segundos y se ha ido.

El chico está escuchando, así que continúas diciendo naderías, ofreciendo despedidas y agradecimientos. Manipulando rápidamente el teléfono, vas a la lista de llamadas para borrar el número. Mamá, Mamá, Mamá, indica la lista